valía no hablar... Pasaría la Nochebuena rodeado de toreros y perdidos en algún Colmado; ese estaba fuera de la sociedad... y de todo.

La Marquesa, en su bondad placentera, no podía pensar que las dos personas que faltaban á su mesa aquella noche eran las dos únicas personas felices. Una por sublime virtud, otra por los vicios más abyectos, eran las únicas que rompían la monotonía vulgar de la vida, las únicas que dejaban sobresalir su propia vida sobre la vida impuesta por los demás, sacrificada á las conveniencias sociales.

VIII

En pública subasta.

No infunde aliento el alma de un gran artista á la obra de arte, sin dejar algo en ella de su vida; y vida y alma había en aquella obra de un pintor inmortal, retrato de mujer aristocrática que, con expresión melancólica, de fastidio íntimo, vuelto por bondad en agradable sonrisa, hablaba al alma del artista contemplador, hablaba de una historia triste; pero como desentendida de ella, como recordada desde otro mundo superior; mundo de luz, armonía de la Naturaleza en el arte, donde se esclarece la sombra de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

los recuerdos tristes; hablaba de este modo:

¡Tristísimo día en que, consumada la ruina de mi ilustre casa, fuí puesta en venta pública entre mil otros restos valiosos de una grandeza que asombró al mundo!

¡Maldije del artista que con su genio prolongó mi existencia de siglo en siglo, para traerme á contemplar tan triste decadencia!

Sí; en otro tiempo podía derrumbarse una grandeza en un instante, por satisfacción vengativa ó caprichosa de un príncipe! Todo, preeminencias nobiliarias, bienes vinculados, tesoros artísticos y la vida con ello, se perdía en un punto juntamente; pero había grandeza también en la caída; era el derrumbamiento pavoroso de cimientos, columnas y torreones, no el desmoronarse de caserón abandonado, desconchada la enjalbegadura, agrietados los techos con goterones.

Mejor el hacha del verdugo que la pluma del escribano. Si ha de ser uno presa al fin

y al cabo, mejor es serlo del león que del lobo.

¡Cuánto padecí en aquella subasta, tasación de lo inapreciable, baratillo de glorias!... Y padecí más porque advertía el regocijo de algunos espíritus ruines. ¡Es natural, solo la caída puede igualar lo grande á lo pequeño! Pero no os regocijéis. Hoy nos toca á nosotros. Mañana llegará el turno de liquidar otras grandezas. Hoy se subastan las nuestras para pagar á nuestros acreedores... Y vosotros, burgueses hoy triunfantes, enriquecidos con los despojos de nuestra grandeza, reyes en la política, en la industria y en el comercio, ¿no tenéis también vuestros acreedores? Llegará día en que quieran cobrarse y hagan almoneda también de vuestros despojos.

Temblando estoy de caer en vuestras manos. ¿Adónde iré á parar?

La subasta empieza. Compradores y curiosos me examinan con atención.

Me queda una esperanza: que alguno de mis descendientes, de los que llevan mi nombre y se envanecen con mis títulos, acuda á rescatarme.

No veo á ninguno. Claro está, no les parece decoroso comprar lo que han renunciado á poseer.

Poca ley tienen á su ilustre antepasada. Preciso es confesar que la voz de la sangre no existe, ó será que la sangre azul tenga la voz muy apagada ó que los acreedores griten más fuerte.

No volveré á ocupar un puesto de honor entre mis descendientes. ¿Mis descendientes?... El poseedor actual de los títulos, para dorar los metales de su escudo y enrojecer sus gules con sangre y metal nuevos, se ha casado con la hija de un antiguo administrador de nuestra casa, hoy senador vitalicio, hombre opulentísimo, y hasta creo que título del reino. Eso es, Marqués de San Dimas. Todos estos nobles allegadizos llevan

títulos de santos. ¡Agradecidos al milagro, sin duda!

¡Maravillosa transfusión de organismos sociales que repara muchas injusticias! La hija del administrador poco escrupuloso reintegra en su caudal al noble heredero arruinado; éste se encarga de malgastar nuevamente lo mal ganado y de enriquecer á cualquier prestamista, cuya hija, á su vez, en compensación, se casará con otro noble pródigo. ¡Poder del amor que tiende de continuo al equilibrio!

Pero los nietos de un servidor de mi casa, llamándome abuela... crisparían las pinceladas más tenues de mi ser.

Prefiero no pertenecer á la familia. ¿Á quién entonces?

Allí veo al acaudalado D. Fermín Antón (hasta su apellido es nombre, para que se dude si tiene apellido). Viene en busca de antigüedades para autorizar su flamante morada.

Ya se fijó en un arca; resabios. Pero en mí no se fija. Si fuera algún cromo... Este es el que tiene en su comedor tapices de los Girondinos y veinte mil pesetas de libros en su biblioteca.

Antes deshacerme en polvo que verme colgada en su casa. Varios tenderos de antigüedades me rondan con interés. ¡Bonito porvenir! Parar en manos de algún inglés que me admire con frases del *Baedeker*... Pues peor es esto. Ahora se acercan dos buenas mozas muy lindamente ataviadas y con mucho gracejo en su persona. Una parece más señoril y comedida: habla de París y del Hotel de Ventas, y aprecia los objetos de arte. La otra es más inculta; todo la choca y de todo se ríe. Dice que llevo un moño muy raro y discurre lo incómodo que debía ser mi traje en ocasiones... Y en eso no le falta razón.

El duque de Cerinola, un vejete más pintado que yo, bromea y ríe á hurtadillas con

ellas, y varios jóvenes aristocráticos, algunos de mi parentela, las miran y las hacen señas cuando la gente no les observa.

¡El vicio, otro gran nivelador! ¡Gran demócrata!

¡No permita la suerte que á una de estas mozas le venga en gana adornar su *boudoir* con mi retrato!

Capaz sería de hacerme pasar por abuela suya...

Eso sí, en su casa no me aburriría, y de cuando en cuando vería á mis parientes.

¿Qué pasa? Se decidió mi suerte. He sido adjudicada. Pertenezco al Estado. Ya sabía yo que el ministro de Fomento se prendaría de mí. Es muy artista.

Pasaré el resto de mi vida en el Museo. He dejado de ser la quinta duquesa de mi nombre para ser una pura obra de arte. Desde hoy les importará á muy pocos quién fuí: todos preguntarán de quién soy.

Cuatro obreros muy rudos me descuelgan

y me colocan en unas angarillas para conducirme al Museo. Como debo de pesar bastante, por el camino maldicen de todo lo existente, con motivo de haberme comprado el Gobierno.—¿Para qué servirá esto? Así se gastan *nuestro* dinero—murmuraban. Malparada quedé como duquesa y como obra de arte.

Por lo segundo, me dolió profundamente. Como duquesa me alegré en extremo al oir las barbaridades de aquellos hombres zafios. ¿Son éstos los que han de destruir la sociedad vieja? ¿Estos los nuevos bárbaros que nos amenazan? ¡Bah! Con hambre solo, pero sin ideal alguno, se hacen motines, pero no revoluciones. El caballo de Atila se acerca, pero no trae jinete. Esta masa sin ideales, sin sentimiento artístico que la sublime, no puede ser más que el caballo; el jinete que le dome y le guíe á su antojo, siempre será de los nuestros, aristócrata de pura raza, por derecho divino.

Mientras una asociación cualquiera no sea capaz de producir una obra de arte por sufragio, habrá que creer en el genio individual dominador y poderoso siempre.

Por fin llegué. Unos señores muy espetados me reciben, y dan órdenes para colocarme.

Me colocan al lado de unos borrachos y enfrente de unas hilanderas.

En el mundo de los vivos, semejante compañía hubiera sido para mí intolerable; en el mundo sereno del arte, la compañía de los borrachos y de las hilanderas es un honor solo comparable para una dama aristocrática al de tomar la almohada.